

Donde esté un 'college'

'La puerta de los ángeles', de Penélope Fitzgerald

Antonio Garrido

Se ha dicho, y creo que con razón, que la literatura española es una sucesión de genios, mientras que la francesa es una línea sostenida de calidad sin altibajos. ¿Qué decir de la británica? La respuesta es inmediata. La literatura en lengua inglesa es la que más títulos edita y la más leída en todo el mundo, lo que no es argumento de que sea la de mayor calidad. No seguiré por este camino porque me llevaría a una disputa bizantina sin sentido. Me interesa referirme a un tipo de escritor, es el caso de Penélope Fitzgerald, que pertenece a un grupo que definiría como escuela del humor y de la finura narrativa; al menos en parte de su obra. En este sentido los británicos alcanzan una cima difícil de igualar. Un buen ejemplo es la novela *La puerta de los ángeles*, editada por Impedimenta. Fue una escritora tardía. Tenía cincuenta y ocho años cuando se lanzó a la aventura y con mucho éxito.

Estamos en Cambridge. Referirse a la importancia de su universidad es una tontería porque es más que sabido el prestigio y calidad de la institución. Ciudad escolar con *colleges* centenarios. Salamanca también lo fue hasta que la francesada destruyó la mayoría de sus escuelas. El marco de la narración es la ciudad universitaria con lo que eso significa de ambiente y de respiración, de tono y de formas, de impregnación secular.

En el escudo, dos ángeles dormidos esperan la llegada del Juicio Final. Están sobre una puerta, la de uno de los más antiguos *colleges*, el de St. Angelicus, cuya fundación se debe a una bula del papa Luna, aquel Benedicto XIII, tozudo como buen aragonés, que fue elegido con toda la legalidad y destronado con toda ilegalidad. Benedicto se trasladó a Peñíscola y allí murió aferrado a su legitimidad. He nombrado a la ciudad de Salamanca. Una curiosidad, Benedicto XIII se preocupó mucho y favoreció a la universidad salmantina; de hecho, según la tradición, se le representa en un escudo de la fachada.

St. Angelicus posee dos características: ser el más pequeño de todos y no permitir que sus profesores se casen; por supuesto, ninguna mujer puede traspasar sus venerables muros, sólidos como muros de fortaleza. Allí viven bastante apiñados. No tienen ni claustro, un árbol en un patio y las pequeñas estancias alrededor.

Imaginemos una familia muy tradicional, una familia de un párroco anglicano, severa, estricta. Fred Fairly es un joven profesor del *college*, un investigador con futuro, un científico que ha perdido la fe. Es tímido y sin experiencia de la vida; desde luego, nada de experiencia sentimental. Un accidente desencadena la acción después de atinadas descripciones del espacio. Esta es una de las mejores cualidades de la autora. Posee una capacidad para el detalle, una agilidad en los matices, un tempo contenido, una naturalidad envidiable y, claro está, una excelente traducción de Jon Bilbao.

Junto a Fred está el personaje de Daisy, las peripecias de ambos discurren en paralelo hasta que el accidente cita-



El marco de la narración es la ciudad universitaria y su ambiente

do los une en una habitación. Un joven de vida convencional y una joven con una vida complicada, que ha sufrido necesidad y que tiene muy clara su vocación: quiere ser enfermera. Una joven trabajadora y con las ideas claras y mucha voluntad.

Hay que citar también la Sociedad de los Desobedientes, una especie de club de debates donde se practica el noble arte de la retórica.

La estructura de la novela, dividida en cuatro partes, ofrece un título en cada uno de los capítulos, al modo tradicional. Este título informa o despista, no importa, ilustra de alguna manera y hasta es una propuesta que mantiene el interés. Existe una linealidad en los hechos pero con dos niveles definidos en función de la pareja clave. Las paralelas se encuentran, no en el infinito, sino en el último capítulo en el que una puerta y unos minutos ofrecen un final insospechado.

Ya he hablado del tempo, perfectamente medido. La narradora puede hacer lo que quiera y lleva al lector a formarse opinión sobre el comportamiento de Daisy que se ve abatida y desesperada. Su buen corazón, su humanidad, le han acarreado una quiebra en sus planes. No puede faltar el villano. Esta opinión cambia con una frase. En las descripciones también destaca la habilidad de la autora. No me cabe duda de que los ángeles del escudo se despertaron al ver lo que ocurrió.

• LAS GUARDAS

Vida

Javier Sánchez Menéndez



De la manera que el lector hispanoamericano vive la poesía deberíamos aprender los españoles. También el autor de esas tierras es modelo y ejemplo. El respeto por la lengua, la innovación, la desnudez de la palabra en el momento exacto, el

experimento sacrificado y sin complicaciones. Baste un puñado de conversaciones para aprender, sin más, una enseñanza en grado sumo.

En otro contexto diferente José Olivio Jiménez viene a hablar de poesía del aliento épico, con gran amor a España, a América, al hombre universal. Y define bien aquello a lo que nos referimos.

En recientes debates con diversos autores, y haciendo un repaso a la poesía española del siglo XX, siempre nos quedamos en 50. Y eso que apurábamos al máximo los nombres, las generaciones, las corrientes, las tendencias. Nos quedamos en el cincuenta. No avanzábamos más. Tal vez algunos ejemplos aislados permanecen con fuerza.

La presencia de la literatura hispanoamericana enriquece la lengua madre. Y lo hace sin complejos, con vida. También la poesía polaca del siglo XX ha hecho y hace mucho por nuestra lírica.

Vida por encima de elegantes escorzos, de razonados y complejos devenires que en el fondo son humo, humo gris.

Los jóvenes poetas de ahora leen la literatura hispanoamericana. Incluso muchos de ellos tienen en autores de allá a modelos y guías, a luces y faros. El futuro de nuestra poesía es una incógnita con esperanza, con expectativa. Con la ilusión de aquel que lee y aprende, que recibe. El alimento es nuestro cuerpo de lecturas, y sin él, y sin los clásicos, nuestra base se agrieta sin justificación.

Me sorprendía cómo en Hispanoamérica los lectores fotocopiaban los libros de poemas por su alto precio. Y en nuestro país por no tener, no tenemos ni un Ministerio de Cultura.